

De una Era de cambios a un Cambio de Era

ARTURO OROPEZA GARCÍA²

La tercera participación de esta mesa estuvo a cargo del Dr. Arturo Oropeza García, investigador de la UNAM, quien cita a Osvaldo Sunkel para dar título a su ponencia: “De una Era de cambios a un cambio de Era”.

El Dr. Oropeza inicia su ponencia con una reflexión sobre la situación actual, época de globalización en la que, “China aparece a nuestro encuentro en todo momento”.

Durante toda su disertación, el ponente asigna una gran importancia al tema de las relaciones triangulares entre China, Estados Unidos y Latinoamérica, pues es algo, dice, que no puede desprenderse de nuestra realidad actual, particularmente para México como parte de América Latina, por más que “...algunos países quisieran desprenderse de estas vinculaciones y de estas consecuencias”. Por ello, se debe tener una visión global, “habría que poner todo esto junto en una sola olla del mundo para comprender el amplio abanico de interacciones y vinculaciones que el tema representa y para poder observar cómo todo se relaciona”. Enfatizó que “estamos en un cambio de era, en un cambio de momento histórico, en un cambio estructural que nos deja con muchas faltas de ideas sobre lo que está ocurriendo y nos deja, desde luego, con grandes preguntas y con pocas respuestas”.

² Doctor en Derecho Económico por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Árbitro no nacional por parte de Brasil dentro del mecanismo de solución de controversias del Mercosur. Autor y coordinador de diversas obras sobre Derecho Comercial Internacional e Integración Económica. Ha impartido conferencias en diversas universidades de China, España, Sudáfrica, Brasil, Argentina, Chile, Perú, Guatemala, etc. Ha sido conferencista en las Jornadas de Derecho Internacional de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y colaborador de diversos diarios y revistas en México, Latinoamérica y China. Actualmente es investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

Y al respecto, toda la información que hoy nos inunda, todo lo que “vivimos, que enfrentamos, que oímos sobre la vida diaria”, dice, refiriéndose al evento académico en que esto expone, “me parece que enfrentarlo a la luz del diálogo y de la sinceridad con la que se han estado tratando los temas el día de hoy y de ayer ayuda mucho a que podamos juntos esclarecer las posibles soluciones”.

A la época que nos está tocando vivir la denomina “el fin de las certezas”, en la que aparece una serie de problemas para los que no podemos encontrar una pronta solución, como la caída en las bolsas de valores, las crisis económicas de 2008 y 2009, el movimiento de *los indignados* que muestra a los sectores sociales europeos clamando por mejores sistemas de bienestar, las rebeliones surgidas en el norte de África y en una parte de Asia, “todo eso hoy está ligado de una manera o de otra, todo está vinculado y es consecuencia de lo mismo: de esta transformación no resuelta en la que juegan un papel central China y Estados Unidos de manera preponderante”.

El investigador asegura que en este nuevo escenario estamos inaugurando una realidad con nuevos actores económicos, y sugiere que, tal vez, “estamos pasando de una cultura del Atlántico a una cultura del Pacífico; del Consenso de Washington al Consenso de Beijing”, con muchas ideas e hipótesis acerca de cómo se irá desarrollando esta nueva realidad en las próximas décadas, y cómo tendrán que enfrentarla, sobre todo, los jóvenes, los estudiantes que hoy apenas la vislumbran. Es por ello, agrega, que habrá que ser cautos con el análisis y con las aproximaciones que ahora se están haciendo, en la conciencia de que nos encontramos frente a la historia y que, por el momento, no tenemos soluciones a la mano.

Hace hincapié en la alta responsabilidad que implica la postura de asumir por parte de los académicos, advirtiendo que no se trata sólo de hablar de ganadores y perdedores ni de retomar el posicionamiento encabezado por Goldman Sachs que, a su parecer, es frívolo e irresponsable. Hoy, subraya, “todos podemos ser ganadores

o todos podemos ser perdedores en un mundo que se agota y en un mundo que tiene un sinfín de retos por resolver”.

Después de esta introducción, el Dr. Oropeza abordó brevemente la historia de las relaciones de China con Estados Unidos, haciendo referencia al contexto en que estas dos naciones tuvieron sus primeros encuentros, allá por el año de 1844, cuando firmaron lo que se conoce como el *Tratado de Wanghia*. A diferencia de lo que sucede hoy, refiere cómo en aquel momento China era un imperio tardío que después de cinco milenios estaba pasando por sus últimas etapas y poco a poco se agotaba, mientras que Estados Unidos nacía como imperio hegemónico, desenvolviéndose con agilidad y con una clara visión de futuro.

Entre otros datos referidos sobre ese fragmento de la historia, el ponente agrega que a principios del siglo xx, cuando China se encontraba apenas luchando por su primera revolución, Estados Unidos ya era una nación fuerte. El periodo que abarca desde la caída del imperio, en 1911, hasta el triunfo de la Revolución China, en 1949, cuenta entre los sucesos más relevantes con dos guerras mundiales que mantuvieron a Estados Unidos ocupado en los temas relacionados, mientras China trataba de resolver su propia historia. De manera que es hasta mediados de ese siglo cuando se da un encuentro más cercano entre los dos países, ambos con un posicionamiento distinto al del siglo anterior: “China, ya con la solución –por lo menos política– de su realidad, empieza a tener también un desenvolvimiento más fuerte y protagónico dentro del juego global. Estados Unidos, por su parte, el ganador de la segunda guerra mundial, fortalecido, –el gran Hegemón del siglo xx–, ve todavía a la distancia una realidad asiática que poco a poco iba cobrando, forma”.

Cita como verdadero encuentro el que se da en la década de los setenta, con la histórica visita que en 1972 realizó el presidente Nixon al presidente Mao, en China, y con el reinicio de sus relaciones diplomáticas en 1979. El destape de esta nueva relación entre dos grandes naciones –una consolidada y una que pretendía el ascen-

so— marca el inicio de una historia cuyos resultados hoy estamos viendo. Estamos, precisamente, frente las consecuencias de “lo que los dos países han hecho en el último siglo y, principalmente, en los últimos treinta años”.

Así, Arturo Oropeza divide la relación China-Estados Unidos en tres etapas. La primera, entre 1949 y 1976, es “de distancia y precaución” según el conferencista, con una China que, aliada a Rusia, mostraba un gran desenvolvimiento después del triunfo de la Revolución y que, en un primer protagonismo asiático y global, “se encontraba frente a un hegemón consolidado que manejaba el 50% de la economía mundial y que, a la distancia, le veía con cierto respeto”.

Continúa diciendo que la segunda etapa, a partir de 1979 y hasta 2001, inicia con el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países y se mantiene hasta el ingreso de China a la Organización Mundial del Comercio. Y es precisamente su aceptación en la OMC lo que confirma su importancia dentro de la realidad económica del mundo, pues más que la firma de un papel constituyó la certificación de algo que ya estaba consolidado, “un modelo económico triunfante, un modelo económico que ya tenía grandes ventajas económicas, que tenía sobre todo la inercia y que ya se sentía con la fuerza suficiente para ser un actor relevante, como lo ha sido hasta el día de hoy dentro del acontecer mundial”.

De acuerdo a esta clasificación, la última etapa es, justamente, en la que nos encontramos: frente a dos países que han invertido los papeles que desempeñaban en el siglo XIX. Aquí, el ponente enfoca su conferencia en lo que él señala como “la decadencia” de Estados Unidos. “Desde luego que es un término muy polémico, pero llamémosle como quieran, hay un debilitamiento muy fuerte por parte de Estados Unidos. Y por otro lado, lo que tenemos es la consolidación del camino ascendente de un nuevo hegemón económico que, con todos los datos que pudiéramos hoy presentar ante ustedes y que se han venido presentado en los últimos días, el día de hoy nos dicen que ha tomado un camino de éxito en todos los rubros que han intentado”.

Apoyado en una serie de gráficos y tablas, el académico ilustra lo que él llama “el polvo sutil de la decadencia” con cifras y conceptos que muestran a un Estados Unidos con “muchas debilidades y muy pocas fortalezas”. Entre las primeras destaca que, siendo un líder internacional, ese país adolece ahora de una problemática política y de una crisis económica, financiera y comercial que tiene repercusiones en el ámbito social y en el educativo, lo que podría acusar una hegemonía declinante. Entre las “pequeñas fortalezas” menciona principalmente tres: el liderazgo militar, la competitividad tecnológica y la sustentabilidad de la marca.

Respecto al liderazgo militar de Estados Unidos establece una analogía con la hegemonía inglesa del siglo pasado en el sentido de que más que una fortaleza pareciera una debilidad, ya que Inglaterra “gastaba lo que no tenía en mantener dos millones de toneladas en el mar (que era la marina y era la fuerza en aquella época) y que lo único que causó fue el aceleramiento de sus déficits económicos. En este caso, pareciera que toda esta fortaleza tan costosa –quinientos mil millones de dólares al año– que tiene Estados Unidos, más que darle un valor agregado para poder obtener ventajas económicas pareciera que le está resultando en una debilidad”.

Reconoce, sin embargo, que en la parte tecnológica Estados Unidos es líder aún en muchos terrenos, sobre todo, dice, “en la marca”, pues en el mundo global la marca de Estados Unidos todavía cuenta; más allá de todos los cuestionamientos, razonamientos y posibles sustituciones, todavía se siguen comprando dólares, porque hay una inercia en la que esa marca sigue teniendo un valor.

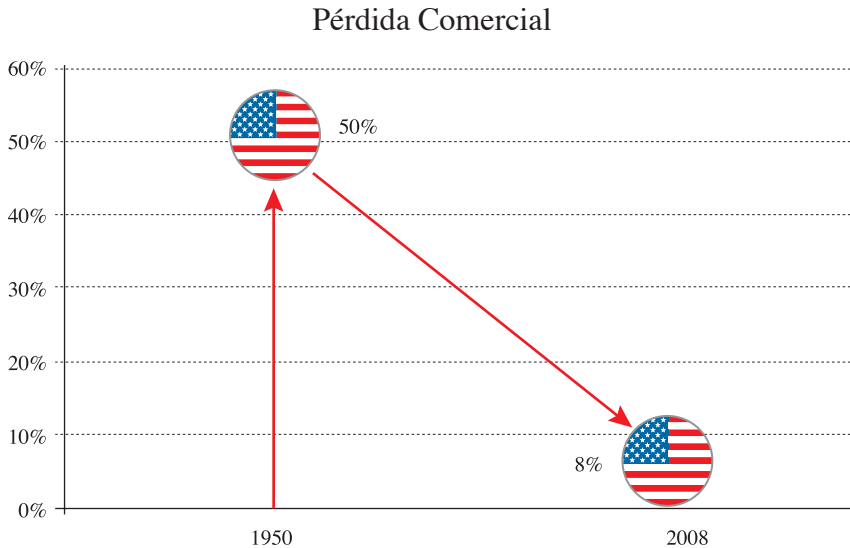
A esa descripción sobre la situación actual de Estados Unidos agrega la pérdida de su liderazgo internacional, sobre todo en el mundo occidental, y como ejemplos cita a la OTAN, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial y, sobre todo, a la OMC. Y es que, desde su perspectiva, la Organización Mundial del Comercio está “congelada, con falta de rumbo, con falta de certeza con lo que

sigue, y que permite una anarquía en el intercambio de bienes en el mundo, mientras Estados Unidos no sabe qué hacer con ella”.

Sobre la problemática política añade: “Todos los días leemos en los diarios cómo el futuro de Estados Unidos ha sido secuestrado por el congreso propio de Estados Unidos, –nos recuerda tal vez algo que sucede aquí, en México– y vemos cómo no existen las líneas de solución y, al contrario, parece que la noche del pensamiento vuelve otra vez a Estados Unidos a limitarlo a sus posibilidades de futuro”.

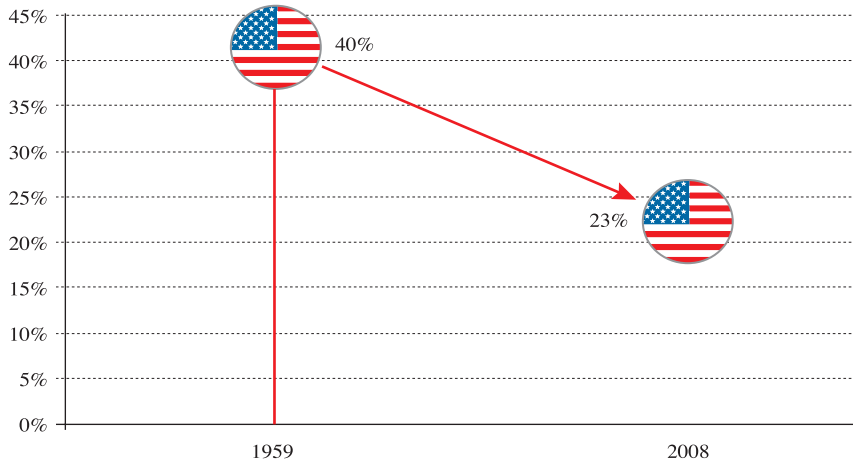
En cuanto a la crisis económica que padece ese país, presenta algunos gráficos que muestran la caída de varios indicadores macroeconómicos como el PBI, el comercio, la deuda pública y privada, el déficit presupuestal y la capacidad de ahorro.

FIN DE LA FORTALEZA ECONÓMICA DE ESTADOS UNIDOS



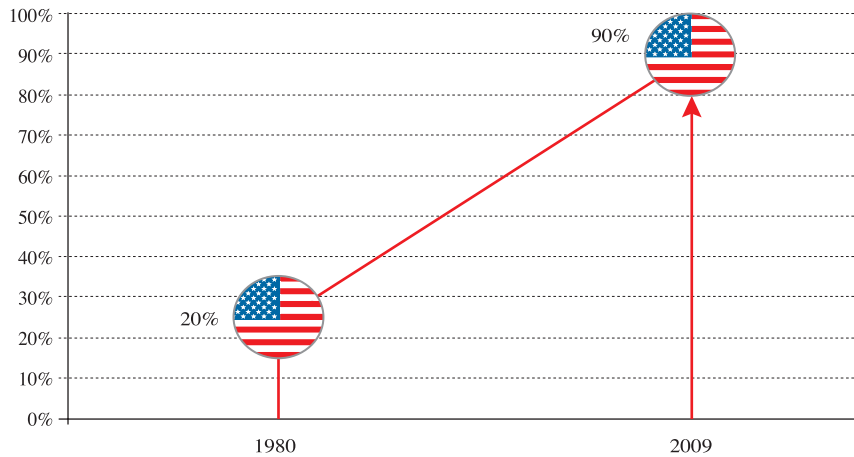
Fuente: FMI/BM/Maddison/Bureau of Economic Analysis (BEA)

Pérdida Económica PBI (Porcentaje de participación Mundial)



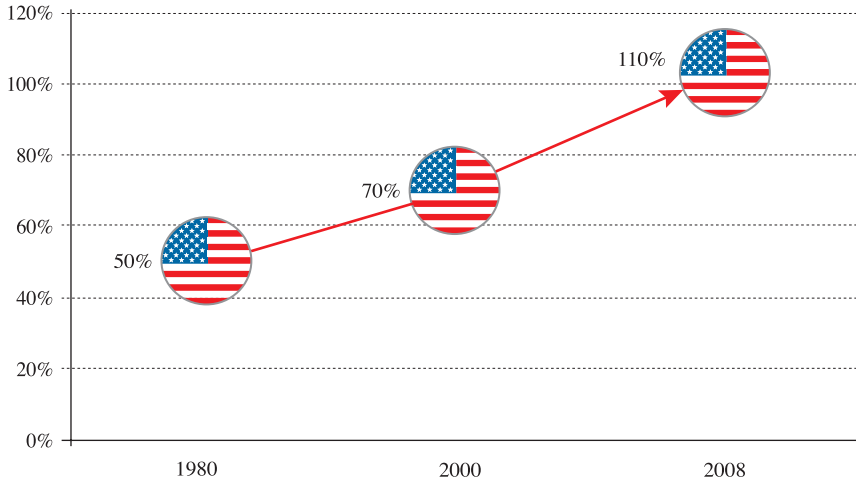
Fuente: FMI/BM/Maddison/Bureau of Economic Analysis (BEA)

Nación más endeudada del Mundo (1989) Deuda Pública (Porcentaje del PBI)



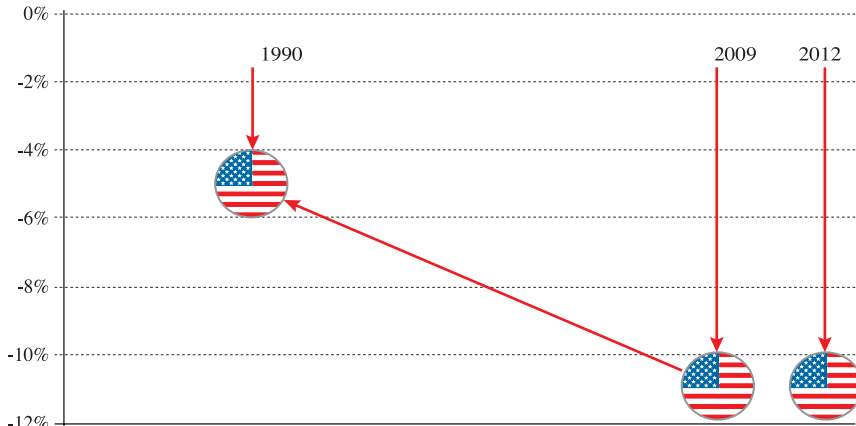
Fuente: FMI/BM/Maddison/Bureau of Economic Analysis (BEA)

Población Endeudada Deuda Privada (En relación al PBI)



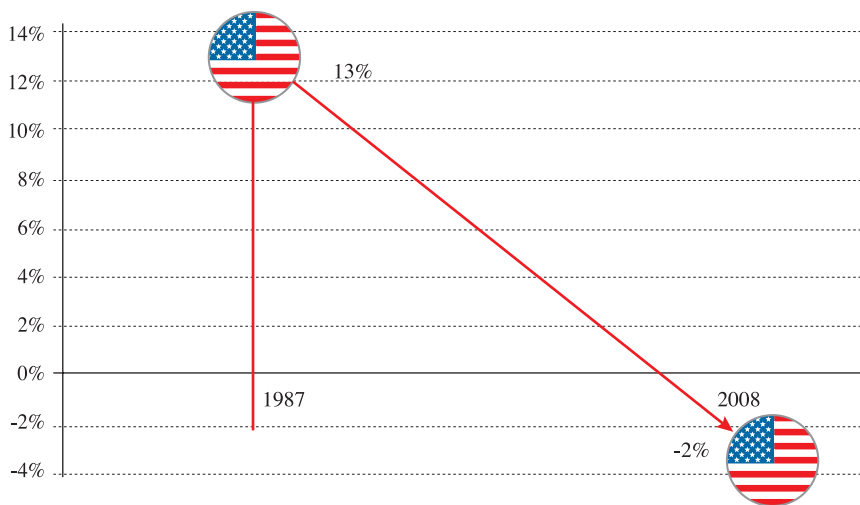
Fuente: FMI/BM/Maddison/Bureau of Economic Analysis (BEA)

Déficit Presupuestal (% PBI)



Fuente: FMI/BM/Maddison/Bureau of Economic Analysis (BEA)

Falta de Capacidad de Ahorro



Fuente: FMI/BM/Maddison/Bureau of Economic Analysis (BEA)

En consecuencia, lo presenta como un país quebrado, más allá del análisis que se pudiera hacer. “Si Estados Unidos fuera otro país, con otra marca, con otro nombre, pues ya hubiera tenido que entrar en default y ya hubieran tenido que hacerse correcciones mas graves”.

Con estas cifras, el conferencista afirma que la solución al delicado problema económico que enfrenta Estados Unidos no puede verse hoy a la luz del debate que se está dando dentro del propio país. Refiriéndose a la ponencia del día anterior, dictada por el presidente adjunto de CICIR, Dr. Yuan Peng, cita Oropeza: “...decía que él veía a un presidente débil frente a un problema muy fuerte, y faltaba el liderazgo; tal vez habría que analizar qué pasa en ese tema. La crisis comercial en Estados Unidos inicia en 1971, cuando enfrentó su primer déficit comercial. A partir de ahí, solamente en años de excepción ha podido tener superávit. De ahí en fuera se ha vuelto algo endémico, que no es de ayer, no es de hace 5 años, no de hace 10; es

un problema que se ha vuelto muy grave para la realidad económica de Estados Unidos. Y, desde luego, el problema social, que es donde se desborda la incapacidad de un país por resolver sus problemas: 40 millones de pobres (parece ser que ya son 50) y 16 en pobreza extrema. Es el país con índices de desarrollo más bajos de la OED, y algo que nos extrañaría mucho, tal vez, en México, que es que 40,000 personas en Nueva York todas las noches busquen refugios sociales temporales para poder pasar la noche”. A esto añade algunos datos sobre otros aspectos de la problemática planteada, como la mala distribución del ingreso, demostrada en cifras de 1990 a 2006, –periodo en el que el 50% de la riqueza en Estados Unidos sólo benefició al 1% de su población–, el analfabetismo disfuncional por altos niveles de declinación educativa pública, los cuatro millones de personas que durante tres meses al año no cuentan con techo y, por último, la afirmación de que es el país donde se consume el 50% por ciento de la cocaína del mundo.

De esta forma, ubica a Estados Unidos como un país que hoy enfrenta problemas muy delicados y problemas muy fuertes para resolver su futuro, asunto sobre el cual, comenta, hay muchas tesis, muchas ideas, incluso ya muchos libros que intentan explicar qué pasó o qué está pasando con esta nación.

Sobre las tesis que tratan esta problemática, Oropeza concluye que hay un problema de *establishment* que tiene secuestrado al país y por el que se rechazan las reformas que puedan afectar intereses particulares; que se ha convertido en un país muy burocrático que ha condenado su futuro a esa inercia, y que, además, carece de soluciones supranacionales y de un plan concreto para el siglo XXI.

Al establecer la comparación de Estados Unidos con China en ese aspecto, dice que este país “tiene una gran dinámica para cambiar sus decisiones y su modelo de desarrollo, con planes quinquenales, cierto, pero junto a ellos, con planes a largo plazo que contemplan las acciones a emprenderse en el 2020, en el 2050, e incluso en el 2100. “Entonces lo que vemos es un país que tiene visión de futuro,

pero lo cual no riñe para poder estar tomando decisiones de cambio todos los días, todas las semanas, o cada año, si esto es necesario para mantener el desarrollo del 10% promedio”.

“En el caso de Estados Unidos, están varados. Es un porta aviones perdido a la deriva en medio de una tormenta que no sabe a dónde va y que, por lo tanto, sus decisiones de cambio son lentas. Falta de soluciones supranacionales: está tan preocupado en su realidad económica que se le ha olvidado que es un actor global que debería empezar por soluciones globales para poder tener soluciones internas”.

Si Estados Unidos no comienza a tomar ese tipo de medidas, asegura el investigador, seguirá teniendo que invertir cientos de miles de millones de dólares para seguir sosteniendo lo que él denomina “su escenografía”, tal como lo ha hecho desde el 2008.

Con todo eso, concluye, Estados Unidos va perdiendo su vocación hegemónica, y a manera de explicación teórica sobre las causas de la declinación norteamericana, cita en su presentación a Eric Hobsbawn:

Hay razones internas por las que el imperio estadounidense no puede durar, y la más inmediata es que la mayoría de los estadounidenses no están interesados en el imperialismo ni en la dominación mundial en el sentido de gobernar al mundo. Lo que les interesa es lo que les ocurra a ellos en su propio país³.

En términos de crecimiento promedio del PBI nacional y del PBI per cápita, de superación de la pobreza y de captación de inversión extranjera, así como del tema que considera más delicado que es la vocación hegemónica, Arturo Oropesa subraya las enormes diferencias entre estos dos países, describiendo a China como una nación que tiene muy clara su visión de futuro y que desde la década

³ Hobsbawm, Eric: “A dónde va el imperio americano”. Le Mode Diplomatique edición española. www.archivochile.com

de los setenta está realizando un gran trabajo para lograrlo, y a Estados Unidos en una situación de declive en la que no parece estar resolviendo de fondo sus problemas.

A partir del desfase que se observa en esta comparación, el ponente sugiere que, más que hablar de dos países debe hablarse de dos modelos de desarrollo: el socialismo de mercado y el neoliberalismo, con todos los “ismos”, dice, que han ido surgiendo desde la década de los cincuenta. De esta forma “...tenemos, sí, dos países, pero también tenemos dos estrategias; tenemos dos modelos, tenemos dos posicionamientos, y vemos que uno está dando un resultado espectacular y el otro no puede resolver un crecimiento de 2% promedio”. Hace apenas algunos años se vaticinaba que el PBI de China sería mayor que el de Estados Unidos para el año 2050; poco a poco, el plazo fue reduciéndose hasta ajustarlo al año 2020. Lo cierto es que hoy ya lo hizo, adelantándose alrededor de diez años a dichas predicciones. Esto coloca a ambos países como los grandes protagonistas de la economía mundial en los inicios del siglo XXI, pero no es conveniente, afirma el conferencista, que establezcan una competencia que podría resultar perjudicial para el futuro del mundo, pero tampoco que se acerquen demasiado el uno al otro. Más bien, será conveniente que guarden una sana distancia y que se aboquen a buscar soluciones supranacionales para problemas que atañen al futuro común de todas las naciones.

“Tenemos, también, el quebranto de un modelo global brettoniano que, mal o bien, nos daba, a toda la parte occidental, unas líneas de certeza y de rumbo, sobre todo en materia de comercio exterior. Tal vez uno de los grandes logros de las dos guerras mundiales fue el insertar, dentro de un liberalismo salvaje, algunas medidas sociales que fueron generando un estado de bienestar de diversas medidas y rangos en nuestros diferentes países. Hoy eso es lo que se ha roto, eso es lo que hoy está por ahí, en diferentes grados, cayéndose todos los días, y es algo que tendrá que resolverse y que está en medio de estos dos modelos de desarrollo”.

¿Cuál es la relación que todo esto tiene con América Latina? A partir del análisis que en esta ponencia se hace sobre el desenvolvimiento de China y Estados Unidos en las últimas décadas, se afirma que la influencia de este último sobre Latinoamérica presenta una caída, no sólo en relación al comercio y a la economía, sino en el poco interés que muestra sobre la región como consecuencia de la premura con que ha estado atendiendo sus preocupaciones internas. “Ha dejado vacío el lugar que ocupó en algún momento”, subraya el investigador. “Lo que tenemos es que en los últimos diez años ha perdido 20 puntos en materia de exportaciones y 24 puntos en materia de importaciones, y la mayoría de ellas las ha ganado Asia, y de manera específica China”.

Señala que en el comercio bilateral entre América Latina y el Caribe con China, el 88% de las exportaciones corresponde a sólo seis países (Chile, Cuba, Perú, Brasil, Argentina y Costa Rica, en orden porcentual descendente) con una escasa variedad de productos.

“... 70% de la venta a China en los últimos diez años se hace con siete productos, que son todos, desde luego, de carácter de recursos naturales”. En cambio, en el caso de las importaciones, casi todos los países de la región reciben productos chinos. Entre los principales países importadores figuran, aparte de los arriba mencionados, Paraguay, México, Uruguay, Colombia, Ecuador, Venezuela, República Dominicana y Guatemala, entre otros. Esto habla de un saldo comercial variante que revela que hoy “es mucho más fácil comprarle a China que venderle a China”.

¿Qué sigue? Es la pregunta de Arturo Oropesa para cerrar su ponencia. Insiste en que ahora no se trata sólo de participar en un juego de ganadores y perdedores, sino de atender un asunto global, que involucra a todos. “Lo que tenemos es un problema de futuro. Creo que no es un problema de Latinoamérica, no es un problema de Estados Unidos, tampoco es un problema de China. Yo creo que es un problema que tenemos como generación”. Le parece que especular, de manera simple, si éste será el “siglo de

China” o “el siglo de Estados Unidos” es un acto irresponsable, pues si hace cien años se hizo el mismo cuestionamiento respecto al propio Estados Unidos –con Inglaterra como contraparte–, hoy la historia ha dado un giro. “Como también decía ayer el profesor de China, (se refiere a Yuan Peng) el futuro no puede ser igual que fue en el siglo pasado; el *american dream* no puede repetirse más; una sociedad con recursos agotados donde hay petróleo para 41 años, gas para 60, cobre para 40, hierro para 70, no puede terminar los próximos 100 años viendo quién fue quien ganó y viendo quién fue quien perdió”.

Estamos, asevera, en un “corte de caja” en el que todos tenemos una enorme responsabilidad, lo que califica como positivo toda vez que se ha llegado aquí de acuerdo al esfuerzo que cada país ha realizado. En ese sentido, participa a los asistentes su idea de que hay que felicitar a China, pues “ha hecho un gran esfuerzo y creo que sus lecciones a todos nos dan mucha motivación para ver lo que sí se puede hacer”.

En Latinoamérica, dice a manera de conclusión, lo que tenemos es una gran oportunidad para no repetir la historia, para que la relación estratégica con China no sea solamente a partir la exportación primaria, para que la región no sea más lo que ha sido durante los últimos 500 años: proveedora de materias primas.

En este nuevo siglo debemos “tener la audacia y la visión para no solamente sentirnos triunfadores porque vendemos cada vez más petróleo o vendemos más cobre a otro país. Creo que es una oportunidad para la relación China-Latinoamérica si entendemos que, con toda esa conciencia histórica que tiene China, con toda esa cultura milenaria, con toda esa visión de hegemonía nuevo, pudiera también entender que no podemos construir un nuevo siglo a base de desviaciones negativas”.

Por último, asegura que más allá de la responsabilidad que asuma cada país acerca de lo que hace o de lo que no, en las relaciones económicas y de comercio hay muchas cosas por entenderse para

darles un nuevo trato dentro del compromiso que todos compartimos para el futuro.

La ponencia del Dr. Arturo Oropeza García remata con el siguiente epígrafe:

Entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del Este de Asia ha llegado, aún si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse.

Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanudación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente.

KISHORE MAHBUBANI